

ALTERNATIVA S.A.

Nuevos Mundos a tu Alcance

Jorge Sanhueza Bastías



©Alternativa S.A. - Nuevos Mundos a tu Alcance
Colección: Ciencia Ficción
Sello: Soyuz
Primera edición: Septiembre 2019

©Jorge Sanhueza Bastías

Edición: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Luis Naranjo
Corrección de textos: Rodrigo Muñoz Cazaux
Ilustraciones interiores: Vicente Gutiérrez
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser

Este libro fue publicado con ayuda del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile.
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
ISBN: 978-956-6021-21-6

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

"Bajo presión el vidrio se quiebra, pero el carbón se
transforma en diamante.
Cada día es una oportunidad para descubrir de qué
estamos hechos"

Índice

MATÉ A MI GATO	8
UN ARMA PARA SUAZO	19
ALTERNATIVA, Sociedad Anónima.	33
ANTES DE PLUTÓN	53
LA SINGULARIDAD	67
LOS HOMBRES QUE HUÍAN	88
EL ALTERNO	118
EPÍLOGO	154

CAPÍTULO I

MATÉ A MI GATO

Plutón era un Scottish Fold y tenía la misma manía que tienen todos los gatos; se sentía el dueño de su humano. Me dejaba la ropa llena de pelos y me hizo pasar tardes enteras limpiando los lugares en los que se meaba; nunca aprendió a usar su caja de arena.

—No hay que fiarse de los gatos —me advirtió Emilio Suazo—. Son traicioneros, son egoístas y son manipuladores.

—Me gustan los gatos —respondí—. Se supone que son independientes, esquivos, andan en la suya, no molestan. No hubiese podido tener otro animal; los perros, por ejemplo, tienen una necesidad extrema de cariño y, en mi opinión, muchas veces lo mendigan.

—Todos buscamos un poquito de cariño, Orellana —respondió Suazo, serio—. En este universo y en todos los otros también.

—Los perros son irritantes, yo tuve uno cuando era niño, nunca me pude llevar bien con él, era peor que Plutón.

—¿Por qué le pusiste así a tu gato?

—Era pequeño y friolento, como el planeta, y también por un cuento de Edgar Allan Poe que tuve que grabar para un audiolibro.

—Y tu perro ¿cómo se llamaba?

—Lamento.

—¿Cómo le pones así a un perro?

—Lo único que hacía era llorar. Apoyaba el hocico en mis piernas y lloraba toda la tarde, todos los días. Nunca quiso jugar con nadie, no se dejaba querer, espantaba a la gente que le quería hacer cariño, me buscaba solo a mí. Con él aprendí la responsabilidad que significa hacerse cargo de otro ser vivo, con sus penas y tragedias incluidas; es complicado, porque algunas se contagian, creo yo.

Siempre necesité reposar del mundo, reposar de la gente, de los seres vivos en general. Quería un metro cuadrado para mí, necesitaba silencio para meditar sobre lo que tenía a mi alrededor, necesitaba distancia. Me decía a mí mismo que era por las ganas que tenía de pensar tranquilo y entender cómo era todo. No recuerdo haber llegado a ninguna conclusión importante; al contrario, a veces pienso que dejé pasar los días de mi vida con la mente en blanco.

Ciego en mi testarudez, desde temprana edad aprendí a hablar de forma educada. Me volví tranquilo y reservado porque descubrí que nadie pone atención a las

personas tranquilas, las dejan solas. Tal vez ese fue el primer papel que interpreté. Por supuesto, cuando me volví un adolescente, seguir interpretándome constantemente de esa manera se convirtió en un problema y me descubrí entonando nuevas voces y guardando otras para mi intimidad. Entonces decidí que me convertiría en un actor de voz.

Me sentí inspirado por actores como Frank Maneiro y Esteban García. Descubrí que la gente cada vez se interesa menos por la vocación y que la pericia del actor de doblaje es poco apreciada. Yo prefiero las películas en nuestro mejor español, tienen un gusto singular, un agregado extra. El inglés tiene poca gracia, el alemán es confuso, el italiano es demasiado dulce y no entiendo el francés. Pero, ¡Todo eso es lo que me gusta de mi oficio! Poner mi voz en todas esas historias, hay varias que encajarían mejor aquí, se explican mejor en nuestro idioma. Son nuestras para interpretar y reinterpretar. La audiencia cinematográfica siempre se queja de tener un oído demasiado fino cuando se trata del doblaje, como si tuvieran tímpanos de cristal. Como si nuestra voz, que en realidad es su voz, no los dejara ver la película.

Sometido a esa realidad tendría que construir mi vida.

Observé a mi alrededor, como el rey de mi pequeño reino, y comprobé que ya no había nada que hacer por los cojines de mi sillón, el olor a meado de gato no se iba a quitar. Probé con todos los desodorantes del mercado, pero la profunda esencia de Plutón se impregnó en todo el departamento. Me propuse tratar el problema como algo meramente estético, de inteligencia visual, digno de

una sensibilidad aguda. Pinté las paredes del departamento para armonizar con la atmósfera que ahí se respiraba. Tomando en cuenta que la base de la estética es la armonía de sus elementos, aroma y aspecto debían actuar en sincronía. La imagen debe ser el decoro de la atmósfera y la atmósfera es la esencia que se lleva por dentro, algo interno que no se puede negar y nadie podía decir que en ese departamento no había olor a gato. Pinté los muros de color ocre, pero todavía había algo que no encajaba. Comencé a vestirme de manera más extravagante; abrigos largos, cafés, marrones, y cálidos, me sentía friolento, agregué bufandas para hacer juego. Cuando me miraba al espejo podía identificarme como parte esencial del escenario que era mi hogar. Para completar el cuadro, Plutón trepaba sobre mi hombro como el loro mascota de un pirata, fue lo único que aprendió a hacer.

—Gánate ahí —decía y le señalaba mi hombro—. Existen personas que me corregirían y me dirían que “ubícate ahí” es la manera correcta de decirlo. Pero yo me pregunto ¿por qué una persona no puede ganarse en algún lugar, pero sí puede perderse? Da para pensar ¿o no?

Y Plutón me entendía.

El Sindicato de Actores de Doblaje me había retirado del negocio activo hacía mucho tiempo atrás y yo también había perdido un poco el interés en ejercer. Ganaba lo justo leyendo mensajes pregrabados para compañías de telefonía móvil y recitando indicaciones en aplicaciones de localización geográfica.

Plutón se convirtió en algo de lo que podía hacerme cargo, en él podía dedicar el cuidado que otrora dediqué a mi profesión. Mientras mis colegas se hacían un nom-



bre en la industria, Plutón crecía grande y fuerte, lejos de ser el gatito tembloroso que había sido cuando lo adopté.

Un día cualquiera se presentó ante mí la oportunidad de involucrarme en una producción de gran presupuesto. Se estaban realizando audiciones para participar en el doblaje de una nueva versión de la serie animada *Garfield y sus amigos*. Iba a ser emitida en máxima calidad a través de una reconocida empresa de entretenimiento vía flujo multimedia. La directora del proyecto era la reconocida actriz de doblaje Daniela Durán. Ella había dado voz a Rizzo, en el doblaje latinoamericano de *Grease, Brillantina*. La autoridad y el carácter de su voz siempre tuvieron un gran impacto en mí.

Se le encargó un papel importante al actor Osvaldo Guerrero, pero él tuvo ataques de tos, se contagió con gripe y perdió la voz. La opción obvia para reemplazar a Osvaldo era Víctor Mella, pero, por motivos desconocidos, él había cortado todo tipo de contacto con la gente del estudio. El resto de los candidatos fueron descartados también, hasta que finalmente llegaron a mí. Creo que nada tenía que ver con mi talento, tampoco se trataba de un reconocimiento, solo se habían agotado las opciones.

Llegó el día de los ensayos y nos pusieron a todos en cabinas personalizadas. Cada vez que me tocaba hablar tenía que presionar un botón; usualmente no es lo que corresponde, pero la precariedad caracteriza al emprendimiento y mi mundo no era la excepción de esa regla.

—¡Eh! ¡José! —susurró el asistente de sonido—. ¡Esta es la parte que te toca!

— Espera, déjame pensar...

Me pareció que Daniela repetía líneas que parecían sacadas de sus películas anteriores, no era como yo había imaginado que debía sonar. Me atacó una especie de caprichosa desilusión, lo que se siente cuando una persona está recitando frases prefabricadas, artificiales, carentes de cierta chispa que alimente alguna ilusión. Yo todavía no lo sabía, pero las ilusiones fueron siempre mis peores enemigas. En el momento no pude explicarlo.

—¿José? —dijo el asistente, tragando saliva—. Tienes el botón apretado.

—Todavía no empiezo a decir mis líneas.

—Estás pensando en voz alta.

Vi mi dedo presionado sobre el círculo rojo y, a través del cristal, Daniela me dirigía una mirada fría y abismal.

—Lo siento, lo siento —repetí una y otra vez suplicando con las manos —el problema definitivamente soy yo, para mí tu voz es única, lo que pasa, es que me cuesta responder y yo quiero ponerle emoción a la escena...

—José —dijo el asistente de sonido—. Tienes que apretar el botón para que ella te escuche.

—La emoción que falta en la escena —repetí presionando el botón.

—Pues perdona —respondió Daniela con necesaria frialdad—, si crees que le falta emoción.

El daño era irreversible, quité el dedo del botón para que dejara de brillar rojo. Detrás de la mesa de sonido el asistente se golpeaba el rostro. Esa noche, avergonzado de mi error, entré en mi departamento dando un portazo.

¡Paaah!

El impacto fue poderoso, la ventana se quebró, lo que ocurrió después cuestionó mi estabilidad mental:

¡Paaah!

El cristal reventó y pareció que todo lo que había dentro del departamento era succionado hacia afuera por un vacío, como si se abriera la puerta de un avión en pleno vuelo.

—¡Plutóoon!

Mi gato se aferró al marco de la ventana, corrí para salvarlo, todo volvió a la normalidad. Un pájaro se enredó en la cortina, la desprendió de las argollas y se hundieron juntos en la noche, como una estela siguiendo a su estrella fugaz. Abracé a Plutón hasta convencerme de que no lo había perdido, el resto fue silencio y en medio de ese silencio tuve ganas de expresar mi rabia con otro portazo ¡Paaah! ¡Paaah! Tuve que abrir la boca para dejar salir el aire:

—¡Paaah! ¡Paaah! ¡Si fuera un hueón loco me compro una pistola! ¡Paaah! ¡Paaah! ¡Dos disparos al aire! Si fuera un hueón loco... Y en el fondo ¿no lo soy? ¿Qué me pasa, Plutón?

Observé la ventana dónde ya no había vidrio ¿Qué tipo de extraña fuerza se había apoderado de mí? Había tocado fondo de manera olímpica, incluso por debajo de lo que creía estar. Salí al pasillo para cerciorarme de que el vacío que apareció en mi ventana había sido producto de mi imaginación. Las puertas de mis vecinos estaban cerradas, nada podía oírse desde adentro de sus casas, nada que indicará que alguno hubiese experimentado lo mismo, solo a lo lejos se percibía el eco de unos pasos

bajando las escaleras. Seguro, pensé, se trata de una persona que, como yo, tiene sus problemas, pero sabe qué hacer para resolverlos.

—Todo esto es por la rabia que tengo por herencia, Plutón ¿Te conté lo que hacía mi tío en casos como estos, cuando se frustraba?

Plutón afilaba sus uñas dentro de una caja de cartón. Tuve que encerrarlo ahí porque lo sorprendí caminando de forma peligrosa por el borde de la ventana, haciendo gala de su felina astucia, desafiando al vacío, evadiendo los trozos de cristal que aun colgaban sobre su cabeza. No era solo su vida lo que arriesgaba con la caída, era la mía también.

—A veces mi tío se ponía brusco por teléfono y terminaba reventándole la oreja a la persona con la que estaba hablando. Eran esos teléfonos antiguos, los alámbricos. Mi tío cortaba súper fuerte ¡Paaah! Bajaba el teléfono y lo golpeaba. ¡Paaah!

Saqué mi teléfono celular y comencé a agitarlo en el aire, como si estuviera cortando la llamada, como lo hacía mi tío.

—Pero no se puede con esto, no es lo mismo. No hace ruido y si lo choco, se rompe.

Seguí agitando mi celular, fuerte, queriendo provocar algún ruido.

—Más se siente como si estuviera apuñalando a una persona.

Seguí agitando, con más fuerza, seguí agitando hasta encontrarle el gusto. Luego saqué una de las puertas de mi closet y tapé con ella la ventana, Plutón estaba libre y quería comer.

—Gánate aquí —le dije cuando terminó su cena.
Plutón, obediente solo en ese aspecto, montó sobre mi hombro.

Al día siguiente los ejecutivos de la serie solicitaron reunirse conmigo, el bochorno seguía fresco y Daniela no asistió a la reunión.

—José, conseguimos financiamiento nuevo y vamos a trasladar la producción a la capital.

—Entenderás que no podemos trasladar con nosotros a mucha gente, implica gastos que no podemos abordar.

—Vamos a tener que regrabar tus líneas y la de muchos de tus colegas.

—Pero no podemos dejarte ir sin antes hablar sobre un tema que nos parece importante, varios de tus colegas han hecho saber la misma queja, es sobre tu ropa.

—¿Qué tiene de malo como me visto?

No iba a discutir sobre estética con mis jefes, en mi departamento había un gato y unas paredes que contaban con que yo me sintiera parte del escenario. ¿Qué iban a entender mis jefes de atmósfera, de esencia?

—El problema es que estás dejando pelos por todas partes.

Sentí una incomodidad apoderándose de mí, me pesó sobre la cabeza y los músculos del cuello. Imaginé de inmediato un mundo sin mis jefes ni mi trabajo. Tendría que volver por la mañana para firmar mi finiquito y ver por última vez a mis colegas.

El clima se dejó llevar por un capricho y me llovió encima. Era muy tarde para comprar el vidrio nuevo que necesitaba para la ventana. Llegaría sin nada a la casa,

sin vidrio ni trabajo. Había demasiadas preguntas en mi cabeza como para dar respuesta a todas, demasiados estímulos para el hombre que respetaba el silencio y le gustaba pensar en nada. Mi corazón, latiendo al ritmo de una metralleta, solo podría acallarse con el eco de un ruido para terminar con todos los ruidos. ¡Paaah! ¡Paaah! ¡Paaah!

Se oyó como romper una sandía llena de pus. El grito ahogado de Plutón hizo resonancia en todo el departamento. La fuerza del portazo también hizo caer la cubierta de la ventana.

Un primer relámpago alumbró el cielo y yo no me atreví a mirar. La lluvia penetró torrencial pero no detuvo al pájaro de la noche anterior. Entró otra vez por mi ventana y dejó caer la cortina que se había llevado que se balanceó, suspendida en el aire, lenta, hasta posarse sobre el cadáver de Plutón, como una mortaja.

Le había reventado el cráneo a mi gato con el portazo. El pájaro se hundió de vuelta en la noche, sin una estela que marcara sus huellas, entonces se oyó el sonido del trueno.